

Los dos textos que se presentan a continuación tienen como eje de la reflexión el lenguaje.

El primero, como indica su título, elogia la palabra que se conquista, como parte de un difícil y largo proceso de humanización. Es, pues, a través de las palabras que accedemos al ser, que se nos niega cuando éstas faltan.

El segundo texto habla de la pasión por el discurso en tanto capacidad de emocionarse ante sus formas, de proyectar universos, de encontrarse y reconocerse en el lenguaje. En este sentido, plantea la necesidad de alentar la capacidad expresiva de estudiantes y profesores, ya que un proceso educativo que excluye la pasión por el discurso tiende a la entropía, al tedio, a la falta de creatividad.

ELOGIO DE LA PALABRA

Emergemos al ser por el lenguaje. Desde la cuna, nos vamos entretejiendo como humanos en una relación íntima con las palabras y los gestos. Todo nos habla y no cesamos de aprender significados, todo nos llama con palabras y gestos. Nada más ni nada menos, estamos en medio de la palabra y estamos constituidos profundamente por ella.

Pero las palabras son el rostro del otro, y pueden ser terribles, cargadas de violencia, o dulces como las primeras mieles. Y también pueden ser pobres, apenas balbuceos vacíos, estrechos, incapaces de abrirnos al mundo. No tenemos otra apertura al mundo que la mirada, la caricia y la palabra. Cuando ellas se cierran apenas si nos asomamos a un espacio infinito.

Recuerdo el Popol Vuh, aquello de los hombres que veían demasiado lejos y fueron condenados por los dioses a la condición humana, a ver sólo de cerca. Si a esa cercanía le sumamos la estrechez del lenguaje, la caricia y la mirada, poco nos queda como camino a la humanización. ¿Qué es ésta sino el intento de ampliar ese horizonte demasiado cercano? ¿Qué ha sido sino el incesante esfuerzo por mirar y sentir más allá de tanta cercanía?

Las palabras nos acunan o se nos clavan como agujas, ríen o nos muestran muecas terribles, recorren horizontes o cierran todos los accesos a los demás. ¡Ay de quienes crecen entre palabras como lanzas! ¡Ay de quienes son acunados por la violencia! ¡Ay de quienes son condenados a estrellarse de por vida contra un universo oscuro de palabras! ¡Ay de quienes resultan habitados por palabras salvajes, opacas, densas como la lava profunda de un volcán!

Las palabras no son las cosas, decía, el viejo Platón, pero nos permiten ir hacia ellas. Y hacia nosotros mismos, supimos más tarde, y hacia el otro, ese horizonte de posibilidad humana contra el que puedes golpearte como contra piedras o llenarte de luz como contra arcoiris. Eres aquello que te habita. Nada más. A favor

o en contra te revolverás durante todos tus días contra ese muro o ese arcoiris internos.

No hay escapatoria. Cuando emerges a la luz, te reciben las palabras, las miradas y las caricias, son ellas quienes te constituyen el ser, quienes deciden lo que serás, aún como rebeldía, como intento de sacártelas de adentro.

Mirada, caricia, palabra, son una conquista, son parte de un difícil proceso de humanización que por momentos aparece cada vez más lejano. Accedemos al ser a través de ellas, nos niegan el ser cuando faltan, cuando se vuelven muro, golpe, lanza.

Los dioses nos condenaron a mirar de cerca, pero ha sido tarea nuestra el reducir aun más la mirada. A nadie lo condenan a mirar tan de cerca, sólo obra nuestra habrá sido, sólo un empecinamiento en horizontes de asfixia. Y para ello la terca violencia, porque todo cierre de tu humanización es violencia, venga de donde venga. Son violencia la mirada muro, el golpe, la palabra lanza.

Pobrecitos cuerpos atravesados desde niños por la palabra lanza, pobrecitas heridas que jamás cerrarán, pobrecitas llagas abiertas a cualquier viento, a cualquier mirada. Larva precaria el hombre, cualquier brisa lo daña, y las palabras son la primera brisa para la piel, brisa que arrulla o muerde, que se desliza como una caricia, y penetra como ella, o se clava, espinuda, sarcástica, desgarradora de carne.

La palabra al centro de la vida, no la convertida en espada abrellaga en las débiles defensas del otro, no la envuelta en frases hechas y en decires engañosos, no la endulzada de seducción, no la dueña de haciendas y de vidas, no la expresada y aceptada en medio de sinrazones, no la indigna; no la del “te vendo y te compro”, no la jugada a los dados para imponer la fortuna propia a la ajena, no la llevada y traída por cualquier viento, no la embelesada en la propia escucha, en el juego de narcisos y de ecos; no la uniformada en los esquemas de viejos discursos guerreristas, no la exangüe, apenas audible por temblona; no la estentórea, lanzada para callar a todos; no la sibilina, no la marquetinera, no la miente-miente...

La palabra en el centro de la vida, la palabra caricia, la palabra dirigida a nuestro ser con una maravillosa voluntad de comunicación

La palabra al centro de la vida. Liberadora de diferencias y de poesía, antigua y presente en lo que nos profieren los labios y en la construcción inagotable de la escritura.

Daniel Prieto Castillo.
1992-2002

LA PASION POR EL DISCURSO¹

Marzo de 1961. Ciudad de Mendoza. Es la noche. Estoy sentado sobre un duro banco de madera que apenas si alcanza a sostenerme. El salón muestra paredes descascaradas y en algún rincón una lámina en la que aparecen la vaca y los alimentos que de ella obtenemos. Hace mucho frío. Somos unas setenta personas alineadas en esos bancos que por cualquier movimiento crujen. Un profesor nos habla de la importancia del periodismo en la sociedad contemporánea. Está sentado detrás de un escritorio, de un viejísimo escritorio. Su voz rueda monótona y ni siquiera tiene la virtud de adormecernos. He intentado tomar apuntes. Me doy cuenta de que llevo dos o tres páginas en que una misma idea ha sido repetida de diferentes formas, a cual más tediosa. Dejo de escribir, trato de concentrarme en una mirada y en un rostro que poco me dicen. Miro a mi alrededor. Mis compañeros pasan exactamente por lo mismo. El discurso no discurre. Nada fluye allí. Estamos formándonos para trabajar de por vida con la palabra, y quizás con la imagen, y en ninguna parte brilla una gota de entusiasmo hacia las posibilidades del lenguaje.

Pasan los meses. He llenado cuadernos enteros de discursos exangües. Releo cada palabra y tomo la decisión de abandonar esos estudios. Buscaré por otros rincones algo de aliento, de vida, de fuerza, de alegría, de belleza en las palabras. Si uno elige para siempre este maravilloso universo, debe tratar de jugarlo, de vivirlo, de gozarlo, de practicarlo en todas sus posibilidades.

Dejo el aula de enseñanza primaria prestada a la Escuela de Periodismo para que funcione en las noches. Le regalo mis apuntes a una compañera y ella me agradece como si recibiera un tesoro infinito.

Abril de 1967. Misma aula. La lámina con la vaca, algo desteñida, continúa en algún rincón de las paredes más descascaradas. Unos setenta estudiantes se apretujan en esos bancos incómodos y murmurantes. Estoy frente a ellos. Como periodista he sido invitado a trabajar en materias de redacción. Soy algo así como ayudante de cátedra. Tenemos unas máquinas de escribir y unas pocas horas a la semana para capacitar en el manejo del lenguaje. No sé bien qué hacer. Mi profesor jefe me indica caminos discursivos que alguna vez se me hicieron insoportables. Habrá que aprender a repetir estas noticias para lo cual será preciso traer a cada clase recortes que los jóvenes deberán copiar y, en todo caso, cambiar en algunos elementos superficiales. Me aburro terriblemente. El golpeteo de las máquinas carece de alegría. Transitamos caminos trillados, sin animarnos a una explosión en que las palabras cobren la fuerza de fuera del papel. No encuentro la salida y abandono por segunda vez la escuela. No por

mucho tiempo, como acabo de comprobar a los pocos meses. Pero ya no vuelvo a la cátedra de redacción.

Septiembre de 1969. En un solemne salón, frente a rostros serios y concentrados, corbatas y vestidos casi como para ceremonias, un silencio de esos capaces de asfixiarte, doy una conferencia sobre comunicación y educación. Camino de un lado para otro, paso entre la gente y algunas cabezas me siguen. Pero quien más intenta atrapar mi voz es un joven sentado en la primera fila. Lo hace con un micrófono que se mueve hacia donde yo voy. Sobre sus rodillas un enorme aparato grabador de los de entonces. Llevo más de media hora de charla. De improviso comprendo. Comprendo para siempre. Las únicas manifestaciones de movimiento dentro de ese salón corren por cuenta mía y del joven. Hay una palabra que se va desovillando frente a seres estáticos. Hay un fenómeno monstruoso de entropía comunicacional. Y, para colmo, mi movimiento discursivo tiene la misma solemnidad del salón, de las miradas, de las corbatas y de los vestidos. He estado organizando mi propuesta a través de una larguísima tradición de discurso que no discurre, de discurso exangüe, carente de la belleza de la imagen, de la metáfora, de la alegría. Comprendo para siempre. Me acerco al joven y cuando tengo el micrófono casi a la altura de mi boca, pego un grito, un largo grito que me desgarrar el pecho. Siento saltar casi en pedazos mi garganta. Pero lo que se destroza es más profundo. De una vez ruedan en mi interior las inhibiciones de la palabra, tanta solemnidad que me fueron sembrando en la escuela primaria, en la secundaria, en la universidad. Ruedan una a una las recomendaciones, los castigos, las amenazas, orientadas a frenar las espontaneidades, la metáfora, la alegría en lo que vas diciendo. El joven casi se desmaya del susto. Una pareja se para con violencia y abandona el salón. Muchos han dado un tremendo salto en sus asientos. Una oleada de movimientos ha sacudido los cuerpos. Nos quedamos todos en un silencio que una muchacha quiebra con una hermosa carcajada. La risa cunde y nos reímos largo, nos abrazamos en ella, revivimos en ella. Comienzo de nuevo mi trabajo discursivo. Desbaratamos la solemnidad del salón y vamos dialogando mientras avanzamos en la tarea común de expresarnos, de vivir la palabra, de pensar.

Llevo más de veinte años trabajando en y para escuelas de comunicación. Más de veinte años inmersos en discusiones curriculares, en reformas de planes de estudio, en asesorías en diferentes países de América Latina. Pienso que hemos casi agotado las propuestas con relación a la manera de reorientar nuestros estudios. Esta expresión puede resultar tramposa. Si las hemos agotado ¿por qué seguimos con los problemas encima, por qué no acertamos con la formación de nuestros jóvenes? Sin embargo, sostengo esa afirmación: ya casi todo está dicho: sabemos de la necesidad de planificar, de la formación de los profesores, del desarrollo de bibliografía latinoamericana adecuada a las regiones y las circunstancias propias de las diferentes escuelas; del rol de la lectura crítica de los mensajes, de la capacitación para moverse con cierta soltura en los diferentes medios... Sabemos todo eso y mucho más; hay numerosos documentos con propuestas de solución a los problemas que nos acosan desde hace décadas. Pero las soluciones no han venido tan rápido como las propuestas.

¿Y si hubiera algo más? ¿Y si planificación, comprensión de los alcances de la comunicación, análisis de mensajes, diagnósticos, reorientación hacia sectores de la población con los que anteriormente no trabajábamos, comunicación alternativa y todo lo demás, no fueran suficientes? ¿Y si hubiera un elemento profundo sobre el cual debiéramos apoyarnos para edificar el resto?

Hemos pasado por sucesivas pasiones en nuestras escuelas: la de los periodistas dueños de la verdad, capaces de reorientar los destinos de cualquier sociedad; la de la denuncia que estremecería casi por sí sola los sistemas sociales vigentes; la de la lectura crítica, destinada a desnudar las más recónditas intenciones de los manipuladores; la de un orden más justo para esta tarea de comunicar a escala internacional, nacional y regional; la de las voces alternativas a las que nos llegan a diario a través de los medios; la de un redescubrimiento de nuestra cultura... Hermosas pasiones sin duda, cada una de ellas nos fue orientando, reuniendo en este camino que venimos abriendo desde hace décadas. Pero hay una de la cual hablamos poco. Hay una que quizá nos ayudaría a vertebrar nuestro trabajo, nos permitiría puntos de encuentro entre la teoría y la práctica, nos llevaría a una mayor incidencia en los procesos sociales de los que tanto venimos hablando. Me refiero a la pasión por el discurso mismo.

Vieja pasión, sin duda. Aparece en toda sociedad conocida y en todo tiempo. Se la proclama como algo fundamental, con otras palabras, en el Popol Vuh. Es la clave para comprender los Evangelios. Es la clave para vivir el proyecto pedagógico de don Simón Rodríguez, el maestro de Bolívar... Está a la base de la obra toda de los seres que hemos venido amando por sus creaciones en el campo de la literatura. Es un punto de encuentro de los niños cuando juegan. Aflora en cada momento de alegría, de placer, en el habla cotidiana.

Llamo pasión por el discurso a la capacidad de emocionarse ante sus formas, de sentir la fuerza del lenguaje, de crear y recrear imágenes, de reír con las palabras, de proyectar universos posibles e imposibles, de estallar en una metáfora imprevista, de encontrarse, reconocerse, en una expresión.

Todo proceso educativo que excluye esa pasión tiende a la entropía, al tedio, a la falta de creatividad. Y si esto es válido para la educación en general, lo es mil veces más para la enseñanza de la comunicación. Lo digo con palabras de don Simón Rodríguez: la forma es un modo de existir. La forma del discurso, la capacidad de decir, la fuerza de la respuesta, la riqueza expresiva constituyen el contenido.

Otra propuesta del maestro:

"No se trata de la importancia de la palabra, porque no hay quien no la conozca, la importancia de su pintura la conocen pocos bien, muchos ni piensan en ella. No obstante, se puede pintar sin hablar, pero no hablar sin pintar."

El sistema educativo ha sido el constante enemigo de esa pasión. En él campea un discurso domesticado y domesticador. Domesticado porque quienes lo esgrimen han sido forzados a achatar su capacidad expresiva, a matar su fuerza, su vivacidad en los diferentes actos de lenguaje. Domesticado porque no permite una sonrisa, un guiño, un juego. Porque desconfía de la carcajada abierta, de la danza, de todo lo que puede salirse del intento de uniformar seres y destinos. Y nada fluye en él, nada discurre. Y domesticador porque persigue con saña todo brote de espontaneidad entre los niños y los jóvenes. Porque premia las trivialidades y las imitaciones serviles. Porque aplaude, de manera solemne por supuesto, los discursos envejecidos, carentes de toda vitalidad. Porque propone como clave para el progreso social la sumisión a formas tediosas. Porque fuerza el aburrimiento en la postura física y en la expresión cotidiana.

Este discurso domesticado y domesticador es rey en las aulas de la inmensa mayoría de los establecimientos educativos en el contexto de América Latina. Es rey en clases interminables donde lo único que se mueve es una voz casi inmóvil. Es rey en los altoparlantes que inundan escuelas primarias con gritos capaces de frenar la carrera de un niño, un salto. A veces los pequeños se divierten con esto. En cuanto la voz los golpea se quedan como cuando juegan a las estatuas, congelados en un gesto, con la mano en el aire, cortada en su movimiento. Los de alrededor apenas si pueden contener la risa. Y a menudo no la contienen, y entonces una carcajada quiebra la maldición de ese discurso.

Domesticar la capacidad expresiva de un futuro comunicador es algo así como prometerle a alguien que será un gran pianista mientras se lo condena a permanecer de por vida con las manos atadas. Algo así como cortarle las alas a quien se le predica acerca de lo maravilloso del vuelo. Como cegar a quien se le describen las bellezas de la naturaleza.

Hemos escuchado cientos de veces la queja relativa a la falta de destreza en el manejo del lenguaje por parte de nuestros estudiantes; hemos atribuido esa carencia a la mala formación en la escuela primaria y en la secundaria. Y, sin embargo, en nuestra especialidad no conseguimos mayores progresos. Es que en nuestras escuelas, como en el resto de la universidad, se mantienen las sesiones expositivas propias de ese discurso domesticado y domesticador. ¿Cómo soñar con una creatividad, un desarrollo de la capacidad expresiva, si la mayor parte del tiempo nuestros jóvenes están sometidos a ese discurso? ¿Cómo pretender comunicadores "calificados" si no hacemos otra cosa que mantenerlos en la misma posición en que estuvieron en la escuela primaria y en la secundaria? ¿Cómo despertar el entusiasmo por el lenguaje si cuando pretendemos desbloquear el río de la expresividad lo hacemos con un discurso monótono, carente de la más mínima capacidad de fluir?

Nuestras escuelas no solucionan la capacidad expresiva de los estudiantes porque no han solucionado la capacidad expresiva de sus profesores.

Argumento mentiroso aquél de la falta de recursos, fórmula mágica para disculpar nuestros límites. Me la han repetido miles de veces. Los mismo estudiantes han terminado por considerarla cierta. "Es que nos faltan recursos". "Si tuviéramos". "Si hubiéramos tenido". "Si recibiéramos". Y así sucesivamente. Ninguna salida por el "hubiéramos" ha solucionado nunca nada y ninguna apelación a la ausencia de recursos puede ocultar la verdad: la falta de pasión por el discurso. Porque cuando ella existe, se expresa por cualquier medio, uno vive un impulso incontenible que no puede esperar a la llegada de las máquinas de escribir o de los procesadores de palabras. La historia del periodismo latinoamericano está repleta de seres que crearon a pesar de todos los magros recursos. Y puedo recordar a uno de nuestros grandes apasionados, García Márquez, que ha llamado al periodismo "el mejor oficio del mundo".

¿Qué hacer? ¿Cómo desandar tantos caminos? ¿Cómo romper frenos, diques a la creatividad con el lenguaje? ¿Cómo despertar el amor y el entusiasmo por el juego discursivo?

Propuesta extremas:

1. Toda persona que tenga problemas de comunicación, que en el fondo odie a la juventud, a la vida, no puede ser profesor de una escuela de comunicación, ni de cualquier otra escuela. No puede acercarse al sagrado espacio de la educación.
2. Toda escuela que no ofrezca recursos para desarrollar la capacidad expresiva de los estudiantes, que no logre seres enamorados de las posibilidades del discurso, deberá ser cerrada o sometida a un inmenso proceso de revisión.
3. Todo estudiante de comunicación que tenga fuertes problemas de expresión y de relación con sus semejantes, no deberá ingresar a nuestras escuelas, deberá abandonarlas si lo ha hecho.
4. Toda escuela que en sus objetivos pregone transformaciones sociales y en su práctica esté formando seres sin la más mínima capacidad expresiva, deberá cambiar sus objetivos o deberá transformar radicalmente su enseñanza a fin de abrir espacios a la capacidad en el discurso.

Propuestas menos extremas:

1. Todo profesor que desee trabajar en una escuela de comunicación deberá mejorar su capacidad de relación y su expresividad. Para ello se organizarán talleres destinados a ofrecer recursos discursivos y a desbloquear las inhibiciones comunicacionales.

2. Las escuelas se organizarán de tal manera que los estudiantes se expresen de modo permanente en todas las materias. La responsabilidad por el desarrollo del discurso es una corresponsabilidad de todos los profesores del establecimiento. Si los jóvenes tienen alguna posibilidad aquí y se le cierran caminos más allá, la enseñanza resulta fragmentaria. La expresión permanente significa diálogo, ruptura de la maldición de la clase magistral, elaboración de mensajes, práctica discursiva constante.
3. Los estudiantes continuarán con su labor discursiva fuera de las horas aula (horas jaula, por lo general). Se los invitará a leer a los grandes creadores, se les recordará que la capacidad expresiva se nutre no solo de materiales periodísticos, sino también de la literatura, la poesía, la canción.
4. Cualquier intento de transformación de la sociedad desde la comunicación requiere de una inmensa capacidad expresiva. ¿Cuál es el primer deber de un escritor revolucionario? le preguntaron a García Márquez. Escribir bien, contestó. Y alguien lo dijo de manera más fuerte: la verdad es cuestión de estilo. Cuando leí esa frase de Wilde me estremecí de rabia, pero con el tiempo comprendí la razón que hay en ella.

Hasta aquí las propuestas. No he terminado este trabajo y escucho las voces: ¿y el contenido? ¿Y la ética del trabajo discursivo? ¿Y el destino que se puede dar a una capacitación de este tipo? Está bien, mantengamos todo: contenido, ética y destinos; no renunciemos nunca a ellos. Alertemos sobre la manipulación, no renunciemos a la conciencia de nuestros estudiantes. Pero todo esto no sirve para nada si a la vez no se vive la pasión de la creatividad por el discurso. Cuando se suplanta esa pasión por una cadena interminable de consignas, no se hace más que cubrir la vida con sonidos huecos.

Los cambios también tienen su estilo, su fuerza creadora, su pasión.

Por último: cuando una pasión por el discurso y una práctica constante existen, la expresión se vuelve transparente. Uno no anda balbuceando términos, no se estrella contra una palabra opaca. Todo fluye, todo discurre. El pensamiento es uno con sus signos. Esto lo siente cualquier buen bailarín. Cuando no sabes bailar tu cuerpo resulta pesado, no puedes con él, entorpece la alegría, la agilidad que quieres transmitirle.

Don Simón pedía para la palabra la misma riqueza expresiva de la música y de la pintura; la misma del baile pedimos también nosotros. La vida, la alegría, la belleza, son parte de nuestro trabajo. Tenemos derecho a ellas en nuestras escuelas de comunicación, enfermas de tanta solemnidad y pobreza discursiva.

Daniel Prieto Castillo
1993

¹ Texto tomado del libro *La pasión por el discurso, cartas a estudiantes de comunicación*.